



Carta de Lucrecio Caro a los lectores de DMD

Antonio Aramayona

Ave a todas y todos los lectores de DMD.

Yo, Tito Lucrecio Caro, poeta y pensador romano, nacido hace unos 2.100 años antes de vuestro tiempo, tengo hoy el placer de escribir esta carta para la revista DMD, y así poder invitaros a pensar que si nada habéis sido durante tantos millones de años hasta el día de vuestro nacimiento y todos esos siglos infinitos nada son para vosotros, de igual forma serán los millones de años que sucederán después de vuestro final. Sigo a mis maestros Demócrito y Epicuro, y por eso afirmo ahora que sois un episodio más dentro del universo donde unos átomos y unas moléculas se unieron con una determinada disposición para haceros nacer y vivir, hasta que el profundo sueño que precedió a vuestra existencia vuelva a disipar vuestro yo en el silencio. ¿A qué viene preocuparse entonces por el tiempo en que ya no estaremos entre los vivos? ¿Es que acaso os preocupa el tiempo que precedió a vuestro nacimiento?

Os invito a que salgáis de los límites de vuestro caparazón y observéis las desdichas y la ignorancia de muchos seres humanos que os acompañan en la Tierra. Intentad con calma y deleite mejorar aunque solo sea un poco vuestro entorno. Yo os hablo desde mi pobre verdad personal libada día a día en los escombros de mi Roma y del mundo, con la esperanza de que se haga semilla capaz de que otro mundo mejor sea posible y real.

¿Por qué no te retiras de la vida con naturalidad, como un invitado saciado de vida? Vivimos en usufructo, así que vive bien mientras vivas

Libraos del miedo al más allá, invento de eunucos al servicio de dioses inventados por su delirio. La naturaleza del mundo (así se titula también mi obra más conocida: 'De rerum natura') es generosa a la hora de regalar vida a quienes nacen y con esa misma naturalidad priva a otros de la vida para donarla a las siguientes generaciones. Desapareceréis como tales, pero vuestra materia orgánica contribuirá a seguir formando rocas, árboles, nubes y animales. El mundo funciona sin dioses, y los vivientes deben liberarse del sentimiento de culpa y de inseguridad. Vivid con plenitud. Morid con la misma sonrisa con la que el escultor contempla su obra acabada. Libraos de los miedos que os privan de recorrer con quietud y placer el tramo de camino de vida que os corresponde.

Abrazaos con ardor y cariñoso placer a Venus, al amor, aunque también vaya acompañado de reveses y sufrimientos, aunque nunca quede saciado plenamente. Abrazaos al amor sin que por ello restéis ciegos y pesarosos en el desamor o cautivos del deseo insaciable.

Imaginad el mayor de los cataclismos o que la tierra se mezclara con el mar y el mar con el cielo. Al llegar el final, nada sentiréis, al igual que nada sentisteis antes de nacer, por la sencilla razón de que nada erais. De igual forma, nada seremos después de la vida. ¿A qué viene entonces tanta conmoción y angustia de algunos? Nada, pues, debe ser temido por nosotros en la muerte, ya que no puede volverse desdichado el que no existe.

Así que, cuando veas a una persona irritarse consigo misma porque después de la muerte tendrá que pudrirse con su cuerpo enterrado, o bien porque será destruido por las llamas o por las fauces de las fieras, puedes saber que eso suena falso y que subyace bajo

su corazón un oculto agujijón, al creer que existirá para él alguna sensación después de la muerte: concibe falsamente la vida como eterna y supone que algo de su ser continuará viviendo.

¿Por qué no te retiras de la vida con naturalidad, como un invitado saciado de vida? Sabes que tú has llegado a la existencia porque de unas cosas se vuelvan a crear otras y se precisa de materia para que crezcan las generaciones venideras, que también te seguirán después de haber agotado su vida. Vivimos en usufructo, así que vive bien mientras vivas.

El ser humano, tiene la necesidad de una sola cosa: ausencia de dolor en el cuerpo, presencia del placer en el espíritu. De hecho es sabio quien comprende que en eso consiste precisamente la felicidad: la serenidad y la quietud en el placer. No se trata de un placer desenfrenado y frenético, sino del proveniente de la eliminación del dolor, la serenidad del ánimo y la dicha interior libre de vaivenes. Vive bien, como también yo he procurado vivir bien en mi amada Roma, buscando y solazándome en el placer que es principio y fin de la vida feliz.

Desea sin fin, pero sin ser jamás esclavo de tus deseos. Sé siempre dueño de ti mismo, de tu vida y de tu muerte. En tu interior encontrarás la clave de ese dominio, la autonomía tranquila y serena que necesitas para tu auténtica felicidad. Libérate del miedo a los dioses y de la turbación ante la muerte. Abre tus brazos, abraza a Venus, al amor, motor universal de todos los seres vivos. Sé coherente con lo que quieres y deseas, y conseguirás una visión armoniosa de la vida, la tranquila satisfacción de cuanto razonablemente anhelas.

Por último, no desistas nunca en la búsqueda de tu libertad, pues sin ella jamás podrás ser feliz y en ella reconocerás el bien supremo, el camino hacia tu plena humanidad.
¡Salud!

En Roma, Tito Lucrecio Caro